

Apuntes sobre el afuera

* * * *

K'ita, puruma¹ y literatura

Empieza así esta historia²: un niño se acuesta, por la noche, y espera muy despierto a que pasen los ruidos de la noche, a que se haga el silencio más propio de la noche; que dejen de ladrar los perros, no se escuche nada más en casa, llegue al fin la noche verdadera, reine entera la clara oscuridad más cierta. Cuando considera que ya es así, que definitivamente se hizo de noche en la noche, se levanta entonces, sigiloso. Camina de puntas, sale de su cuarto y se dirige al aparador en el que su mamá atiende y tiende sus porcelanas más preciadas y apreciables. Abre el aparador. Luego, siempre de puntas, va sacando una a una todas las piezas preciosas de porcelana y las lleva a su cuarto. Una vez que las tiene ahí, todas, empieza con la minuciosa catástrofe. Meticuloso, preciso, silencioso, envuelve en un trapo cada pieza y muy luego, con una piedra o un martillo, sin hacer ruido, la destroza. Una por una, todas. Cuando ha terminado, respira hondo.

Ahora vuelve a salir de su cuarto, atento, siempre de puntas. Va al escritorio de su padre. Abre o deschapa la vitrina en que éste atesora los cartapacios en que ordena su fabulosa colección de estampillas. Igual. De puntas, lleva los cartapacios a su cuarto. Cuando los tiene todos, en muy silencio, va destrozando con tijeras todas las hojas, todas las estampillas, todas.

A todo esto, claro, la noche, o el grueso de la noche, casi ya ha pasado. Ya empiezan a ladrar algunos perros.

Entonces el niño (tiene doce años en mi recuerdo) toma su atado, como se debe, amarrado éste a la punta de un palo y otra vez, otra vez muy sigilosamente, se desliza hasta la puerta principal. La abre. Sale. La cierra pulcramente.

Y se va para siempre.

¹ Las palabras aymaras que se usan en esta nota provienen del libro, aún sin título oficial, de Jacqueline Michaux sobre el mundo aymara, la mujer, la “medicina” étnica y la procreación. Para estos términos, de los que me sirvo de otra forma, muy libre y personal si se quiere, los he tomado de Jacqueline Michaux, quien, a su vez, se apoya fuertemente en el libro “Pacha: en torno al pensamiento aymara” de Thérèse Bouysse-Cassagne y Olivia Harris.

² Es la que cuenta Dylan Thomas en su hermosa novela “Traficante de pieles”.

Una inquietante palabra aymara, bellísimamente anticomunitaria, asocial, es *k'ita*. *K'ita* puede ser tanto un niño que se va de casa, se desprende de comunidad, familia o territorio, como puede ser también una planta silvestre que crece sin cuidado, lejos del cultivo. El viento arrastró a una semilla, lejos, y ahí se puso a crecer una planta al lado de una piedra, sin riego ni cuidado: *k'ita*. Puede ser el aroma de Atahualpa Yupanqui, para quien recuerde esa canción del mismo título y en la que el aroma crece lejos del agua. Pero *k'ita* también puede ser un animal, el animal salvaje de las alturas y las lejanías, que no es posible domesticar ni llevar a ningún corral. Los seres *k'ita*, así, “viven y crecen en un espacio que no está controlado por las reglas sociales y políticas de la sociedad de origen” (Jaqueline Michaux). ¿Y dónde van los *k'itas*, al irse? Pues van a la *puruma*, ese lugar de la periferia y las tierras desérticas o en barbecho, ese espacio de penumbra alejado de las comunidades, cercano a los espíritus, los demonios, los *saxra* y los ojos de agua; la pampa. En el espacio *puruma* también vive el *chuquila*, el cazador de vicuñas, el más grácil e indomestizable animal de las pampas.

En el espacio *puruma* se aloja la gran literatura.

* * * *

Walter Benjamín, en *Infancia en Berlín* o en *Calle de una sola mano*, no recuerdo bien: La peor nostalgia es la de no haber escapado de casa a tiempo.

* * * *

O, también, uno podría decir: la mayor nostalgia de “la pobre, breve infancia” es la de no haber sido un piel roja. Eso lo sabía muy bien Franz Kafka: “Ser un indio, siempre dispuesto, y sobre el caballo a la carrera, hendir el aire, vibrar siempre de nuevo sobre el terreno que vibra, hasta que se abandonan las espuelas, porque no hay espuelas, hasta que se arrojan las riendas, porque no hay riendas, y ya no se ve más que el campo frente a sí, igual a una extensión pelada, ya sin el pescuezo y sin la cabeza del caballo”. El “nuevo mundo”, como llama Benjamin al espacio al que así accede ese jinete, esa extensión pelada, es el del espacio *puruma*, el afuera de todo y en el que Kafka, que nunca se fue de casa, vivía por la noche mientras escribía esa literatura grande y misteriosa que atravesó las letras y las pampas.

Juan Critóbal Mac Lean

(n. Cochabamba, 1958)